

QUE NO SE SABE QUIÉN SOY YO

¿Agustín García Calvo?

1999 Valladolid

Dad algo de tiempo a vuestras bocas, por las que, con suerte, en lugar de hablar uno os podéis dejar hablar, que es lo que yo mismo voy a intentar este rato primero: dejarse hablar, dejar que, a pesar de la persona de uno, hable el que sabe. Por tanto, gracias al profesor Molinero por su hermosa presentación, pero gracias en nombre de mi persona real, que es la que aquí no tiene que contar para nada si es que verdaderamente se trata de esa táctica, tan sencilla, de decir que es quitarse uno de en medio y dejar que hable a través de uno quien sabe, que nunca es la persona.

Tenéis que tener ante esta pregunta que está en el título —Que no se sabe quién soy yo—, ante la propia formulación más simple en pregunta —¿quién soy yo?—, tenéis que tener, especialmente los que estáis más o menos deformados por la Filosofía, un cuidado especial con pegar el cambiazo enseguida y sustituir ‘yo’ por algo como ‘el yo’. Éste es el paso primero del que quiero preveniros. Todo el rato que oigáis decir “¿quién soy yo?”, “¿dónde estoy?”, “¿por dónde ando?”, “¿qué es lo que sé?”, “¿qué es lo que no sé?” —y cualquier otra persona primera de singular— tenéis que tener en cuenta que cuando digo ‘yo’ lo que digo es ‘yo’ y de ninguna manera ‘el yo’. No, desde luego, mi persona, don Agustín García, por ejemplo, que ya es introducirnos en la realidad bajo la forma de los nombres propios. No eso, desde luego, pero menos todavía ‘el yo’, que por medio de esa sustantivación nos introduce derechos en la Realidad. Eso es lo que quería pintaros; pero no ha llegado la pizarra todavía, de manera que apelo a vuestra imaginación.

Definitivamente con ese cambiazo —‘yo’ me cambio por ‘el yo’, o incluso peor todavía ‘mi yo’, que es lo mismo que en lenguaje más arcaico ‘mi alma’, ‘el alma’, en lenguaje más moderno ‘la persona’, ‘la persona individual’, ‘el sujeto’—, con ese cambiazo ya me he metido, me han metido, me he dejado meter en la Realidad. Porque ésta es la

primera propuesta que os hago: 'realidad' es aquello de que se habla, es aquello en que se piensa; porque también desde ahora vais a perder la costumbre de distinguir entre lenguaje y pensamiento. No distingo para nada, de manera que me da lo mismo que digáis que 'realidad' es aquello que se piensa o en que se piensa, o que digáis que 'realidad' es aquello de que se habla: es equivalente. Ya sabéis que en la palabra de los viejos griegos, λόγος, se confunden dichosamente las dos cosas, lenguaje y pensamiento, sin la menor distinción. Aquello de que se habla es la realidad; la realidad apenas puede definirse mejor que diciendo que es aquello de que se habla. Por tanto, el que lo dice no puede estar dentro de la Realidad. Es así de simple, es un poco perogrullesco, pero desde luego hay que poner esto por delante. Es imposible hablar del que habla, el que habla es el que habla y por ser el que habla, el que lo dice, el que piensa, ése no puede ser alguien de quien se hable y que por tanto forme parte de la Realidad.

Repetiré seguramente bajo diferentes formas esta observación perogrullesca, pero todavía en el coloquio si no está bastante claro, por ser demasiado simple sin duda —porque ésa es la gran dificultad de las cosas demasiado claras y demasiado simples— pues ya me lo haréis saber, ya me lo complicaréis un poco para que a través de la complicación a lo mejor se entienda mejor, por lo pronto así os lo lanzo. Libertad es... perdón, se me ha escapado: es un lapsus que seguramente debería aprovechar, luego veremos por qué. Lo contrario justamente: Realidad... libertad... No casan, son efectivamente, en cierto sentido, lo contrario lo uno que lo otro. Volviendo pues atrás del lapsus, realidad es aquello de que se habla y es imposible que el que habla sea por tanto real. Quiere decirse que yo no soy real. Yo, evidentemente, estoy aquí, puesto que estoy hablando, por ejemplo; estoy aquí no sólo hablando, sino actuando, porque la forma primera de hacer es justamente hablar.

Ésta es otra de las oposiciones de las que debéis libraros, entre hacer y hablar. No hay ningún hacer de veras que no empiece por ser un decir, precisamente porque ese decir, si viene desde fuera de la Realidad, puede ser esa acción que descubre la falsedad necesaria de la Realidad, y de esa manera una acción de la cual tienen que surgir todas las demás acciones de rebeldía, de descubrimiento, de descubrimiento de la falsedad, de posible libertad en el sentido puramente negativo de liberación. Cualquier otra acción tiene que partir de esta primaria que es decir "No", decir "No", este "No" que es el corazón

del lenguaje y es en cierto sentido todo lo que, no las personas reales, sino lo que hay por debajo de ellas, lo que nos queda de pueblo y de vivo, sabe decir: decir no a la realidad.

Es evidente, pues, que estoy aquí y que estoy diciendo “No” y que estoy haciendo por tanto, lo que os digo que es ese hacer del decir, pero no existo, no soy real. En la medida que soy el que lo estoy diciendo, no soy nadie de quien pueda decirse nada: yo de verdad no soy nadie real; en este sentido digo “No existo”, tomando este verbo ‘existir’, sospechoso porque viene de las escuelas, porque es una invención de los teólogos para Dios que entre otras cosas tiene que ser el *ens realissimum* o en masculino *realissimus*, es decir, la realidad de las realidades, el más real de los seres, usando el verbo ‘existir’, que se inventa más o menos al par que se inventa la realidad, la noción de realidad (las dos nociones son medievales —de escuela— y modernas, aunque después el existir haya penetrado hasta en ciertos niveles de la lengua verdadera, de la lengua del pueblo, de la lengua de nadie que contrapongo de esta manera a la jerga de las escuelas, y a la jerga del poder, a la jerga de periodistas, políticos, filósofos, científicos, y demás herederos de los teólogos), de manera que “No existo” es la manera elemental de decir “No”, no existir. Y sólo el que no existe puede de veras decir no a la realidad, a lo que existe: a Dios, al dinero y a cualquier otra forma de la Realidad más o menos elevada y dominante. Ésa es la gracia y la fuerza del no existir, una gracia y fuerza a la que os invito desde ahora mismo. Sólo desde ahí se puede de veras decir “No” a lo que existe, “No” a la Realidad.

Así que esta separación de las dos cosas, la evidencia de que estoy aquí, que hay algo (términos que son todos de la lengua verdadera, de la corriente), la contraposición de esto con el existir, con la realidad (que son términos que vienen de arriba, de las escuelas, aunque la gente los haya adoptado hasta cierto punto), esta contraposición es desde luego elemental para que sigamos discurrendo. Si seguís confundiendo el “Hay algo” con el “Tal cosa existe”, si seguís confundiendo el “Estoy aquí” con el “Existo”, no tenemos nada que hacer. Vamos, no tenemos nada que hacer más que realidades, es decir, hacer lo que ya está hecho, que es por supuesto lo que el Señor, lo que el Poder quiere: que no se haga más que lo que ya está hecho. Y la vía para conseguir eso, para inutilizar cualquier intento de “No”, cualquier intento de acción, es confundiros, y confundir en primer lugar eso de la existencia con esta otra evidencia elemental de que hay

algo, o de que estoy aquí. Estoy aquí pues en la medida en que no soy nadie real, como os dije al principio y repito: no desde luego don Agustín García, no el que dice mi documento de identidad, pero menos todavía 'el yo', el Hombre, Dios, cualquier cosa... No 'el yo', no el alma sustantivada, convertido por tanto en un ser real.

Tal vez para que esto se entienda mejor, y especialmente para los que estáis metidos en esto de las filosofías, sea conveniente acudir una vez más a repasar el silogismo, la formula cartesiana, el *cogito ergo sum*. Veamos: hay una evidencia primera que se enuncia con el *cogito*: "Pienso, estoy pensando" —que para nuestros fines es igual que "lo estoy diciendo"—: "Pienso", "Estoy pensando", "*Cogito*", es en mi propuesta lo mismo que "Lo estoy diciendo". Y de esta premisa, de esta primera parte de la fórmula, parece que en la intención del filósofo se deduce, en una de las versiones, "*Sum*", es decir, la cópula, que no es propiamente ningún verbo con significado, la cópula aislada como si estuviera diciendo algo. Evidentemente, en la lengua corriente no se puede decir "Soy"; eso no es nada: cuando en la lengua corriente se emplea 'soy' es para que lleve un predicado y se diga "Soy esto", "Soy lo otro", "Soy fulano", cualquier cosa... De manera que para mantenerle una cierta verdad a la formulación habría que completarla diciendo "Soy el que lo dice", "Soy el que soy" en el sentido de que —como en la primera parte he enunciado— estoy diciéndolo, estoy hablando, estoy pensando. De manera que la deducción es, tal vez, tautológica, tal vez no dice nada nuevo, pero por lo menos puede seguir siendo verdadera. Estoy diciéndolo, estoy pensándolo, luego soy el que lo dice, soy el que lo piensa. No era desde luego ésta la intención de Descartes, ni mucho menos de los que han seguido aprovechando la fórmula.

Ahora pasaré a esa otra manera de entenderlo, que trato de atacar. La única manera de mantener la verdad es que eso quisiera decir "Estoy hablando, luego yo soy el que está hablando". Tal vez no dice nada pero por lo menos no dice una mentira. La otra versión de la fórmula en lugar de decir "*Sum*" dice "Existo", con la intromisión de este verbo del que antes os he hablado y que equiparaba con la noción de realidad, este verbo inventado en las escuelas, impuesto desde arriba al lenguaje verdadero. Y, efectivamente, a veces se hace esa trampa, que "Soy", "*Sum*" se convierte en "Existo". Todos recordáis el trance: honradamente el filósofo, o el pensador, en su duda —siempre más profunda— no encontraba ningún fundamento de donde arran-

car, desde donde se pudiera empezar a hablar de algo firme, y creía encontrarlo en ese sí mismo que dice “Pienso, luego existo”. Éste es el trance, ésta es la trampa. Está claro que si existir hace referencia a la realidad y que ya no se está sencillamente diciendo “Soy el que lo dice”, “Soy el que soy” sino que se está diciendo “Existo”, es decir, “Soy un ser real, que existe”, desde ese momento se dice algo, efectivamente, se contribuye a la falsificación y perpetua creación de la realidad, que es para lo que el lenguaje sumiso sirve, para perpetuar y renovar la realidad falsa. Pero, por supuesto, se dice mentira, se hace una trampa, como procede, puesto que, como ya os he adelantado, la realidad es esencialmente falsa, necesariamente falsa.

¿Cómo de esa primera parte “Estoy pensando”, “Lo estoy diciendo”, se puede deducir que existo, que soy real? Nada de eso, puesto que, como hemos dicho hace un rato, yo, cuando no soy nadie, cuando soy simplemente el que habla, el que piensa, es decir cualquiera que habla, cualquiera que piensa, yo, no existe, está fuera de la existencia, fuera de la realidad, y gracias a eso puede pensar en la realidad y hablar de ella. ¿Cómo entonces de ahí se va a deducir mi consistencia real, mi existencia, cómo se va a deducir que existo como ente real? Si acaso, al revés.

A ese propósito os voy a recordar unos versos de don Antonio Machado, un proverbio, donde ya él se había enfrentado con esta fórmula y acertaba a decirlo bastante bien. Da la impresión de que él en este proverbio cita a algún filosofante de sus tiempos —él leía bastante a filósofos— aunque tal vez puede que sea una ficción y que sea él mismo el que invente este giro de tuerca. Dice: «Ya hubo quien pensó:/ *cogito ergo non sum*./ ¡Qué exageración!». Este es el proverbio de don Antonio Machado. “Ya hubo quien pensó”, tal vez, en realidad algún filosofante de su tiempo, “Pienso, luego no existo”, “*Cogito, ergo non sum*”. “¡Qué exageración!” comenta don Antonio Machado en el tercer verso. Pero tal vez no es ninguna exageración. Si seguís la cosa tal como la he venido presentando, es simplemente exacto, es verdad: del hecho de que estoy pensando, de que soy el que piensa, soy el que lo dice, se puede deducir tranquilamente que existir no existo. Porque si existiera ya no estaría en acto, hablando, diciendo, pensando, sino que estaría metido dentro de la realidad, sería algo de lo que se habla. De manera que sería una deducción legítima “luego no existo”. Es evidente, repito, que estoy aquí, que lo digo, que estoy haciendo algo, que estoy intentando decir “No”, pero

por eso mismo no existo, no soy ningún ser real, ni don Agustín, ni el yo, ni Descartes ni yo: no hay ningún fundamento —si es que Cartesius se hacia esta ilusión— para empezar deduciendo del hecho de pensar o de decir un fundamento para la realidad.

Por el contrario, el pensar o el decir de verdad lo que hace es constantemente privar de fundamento a la realidad que constantemente trata por medio de las jergas y del lenguaje sumiso de reconstruirse, de volver a aseverar su falsedad necesaria, puesto que, por tercera o cuarta vez, la realidad es necesariamente falsa. No hay ninguna realidad de verdad; de manera que ya sentís bien pués, o lo pensáis, y lo sentís bien, qué es lo que hacen con vosotros cuando os confunden 'realidad' con 'verdad' y os hacen pensar que las formulaciones acerca de lo que sea son verdaderas en cuanto que se ajustan a la realidad. En cuanto que se ajustan a la realidad precisamente, ya no son verdaderas: la única verdad es puramente negativa y coincide con eso de la libertad que me salía antes en el lapsus. Es puramente negativa: la verdad no es más que el descubrimiento de la falsedad de la realidad. Y eso al mismo tiempo es un lenguaje libre, es 'yo libre', no 'el yo' que nunca puede ser libre, que es siempre —como todo elemento de la realidad— sometido. Pero yo que no soy nadie, yo que es cualquiera que dice 'yo', yo que está en el corazón del lenguaje verdadero y popular, yo de esa manera se puede decir que estoy libre. Libre, en primer lugar, de mí mismo, libre de mí mismo en cuanto existente, en cuanto ser real y, por ende, libre de la realidad toda, exento de ella, desde fuera de ella pudiendo decir "yo", pudiendo decir "no", pudiendo descubrir qué es eso de la realidad, cuál es su mentira.

Tenemos que seguir practicando lo que este rato he venido practicando, que a lo mejor sin que os hayáis dado cuenta de ello es una especie de psicoanálisis. Pero naturalmente psicoanálisis, en el sentido prístino del vocablo —a pesar de que sea un vocablo de jerga— que sin embargo tenía cuando Freud mismo lo adoptó, o se sintió llamado por él, tenía ese sentido que su etimología dice: disolución del alma. Psicoanálisis. Disolución del alma que, dicho en lenguaje más moderno, es disolución del yo. Y en efecto, el psicoanálisis, en la actividad de Freud mismo, en la medida en que esta actividad se mantenía honrada y libre, consistía en una disolución del yo, en un descubrimiento de que el yo, la persona de cada uno, no es uno mismo. A lo mejor podía pretender ser uno, ser una persona, para efectos de habérselas con la policía, con Hacienda, en el documento

de identidad, casarse, fundar un hogar, y todas las demás actividades que corresponden a las personas reales, y que para esos efectos prácticos y reales se podía ir tirando con esa fe de que uno era uno; pero basta con dejar que el pensamiento se lance sobre ese uno para que el proceso de disolución del alma empiece sin más, y se vaya descubriendo que uno no es uno, que uno desde luego es por lo menos dos, que ni siquiera debían llamarse 'dos' sino 'el uno y el otro', en pura contraposición. Justamente lo que hemos estado viendo: el que lo dice y aquel de quien se dice. Ésos no se casan; el que lo dice y aquel de quien se dice no son el mismo ni son uno: aquel de quien se dice es mi persona real, con mi nombre propio, mi documento de identidad, mi sustantivación, y el que lo dice —aunque está en mí de alguna manera, porque está aquí— no es uno, a ése se contrapone. Y enseguida el psicoanálisis, si se le deja avanzar, complica la cosa todavía un poco más. No os voy a acompañar más que hasta una tripartición que se desprende de esta bipartición entre 'yo que lo digo' y 'yo de quien lo digo'. Hay una tripartición porque aquí aparece aquello que he venido tratando de dejar hablar a través de mi boca, es decir, el lenguaje, que es común, el lenguaje verdadero, que por segunda o tercera vez contrapongo con las jergas de arriba, que son falsificaciones del lenguaje, las jergas de la Cultura, las jergas de periodistas, científicos, filósofos, políticos y demás. El lenguaje verdadero es verdaderamente común y eso nos sitúa en una especie de trance intermedio en este proceso de disolución del alma: porque, por un lado, estoy yo como persona individual, real, con pretensiones de ser uno. Esto, digamos empleando una metáfora tópica —imaginadlo, puesto que tampoco puedo emplear la pizarra para esto—, es lo que está mas arriba, son mis facultades superiores, mi conciencia, mi voluntad; conciencia y voluntad que están fundadas en la ilusión de que sé quién soy, de que soy uno; ésta es la capa de más arriba del yo. En el análisis de Freud muchas veces esto se presenta como eso que les gusta mucho decir del '*superyó*', donde están el Estado, el Capital, la Ley, lo que manda, el Padre... Pero la distinción es vana: mi conciencia y mi voluntad son eso mismo: no hay lugar a distinguir entre una especie de poder externo que se me impone —que ejerce sobre mí presión o censura— y mi propia conciencia o voluntad, que a lo que está justamente destinada es a hacerme creer que existo, a hacerme creer que soy una persona, a hacerme creer todas las mentiras necesarias para mi subsistencia como ser real. De manera que yo por arriba o *superyó*, me da lo mismo, es la primera capa.

Después, saltando a lo de más abajo, es evidente que no puedo menos de sentir que en mí, por debajo de mí, queda algo vivo, que sigue habiendo sentimientos, sentimientos que, cuando son de verdad, se reconocen en que en lugar de ser míos —como se pretende en la literatura del amor y en todas las demás literaturas del mundo— me arrebatan, contribuyen a mi psicoanálisis, a mi disolución, es decir, a la pérdida de mi realidad. Todos tenéis por lo menos una sospecha, a la que me permito aludir, de que efectivamente por debajo de uno pasa de vez en cuando algo que le saca de quicio, que le saca de sí mismo, que le arrebatara. De manera que debe ser que algo vivo nos queda por debajo, y esto se convierte en una prueba de que la realidad, en contra de lo que ella pretende, no es todo lo que hay, que la realidad está mal hecha y por eso tiene que mentir constantemente. Este es el aliento de libertad que al pueblo le queda, a lo que nos queda de pueblo, la evidencia de que la realidad esta mal hecha, de que algo de eso viene de ahí abajo.

Pues bien, el lenguaje común —que es lo mismo que el pensamiento—, este lenguaje con el que trato no de hablar yo sino de dejarme hablar, ése no se puede situar ni en lo de más arriba ni en lo de más abajo. En ese sentido, y utilizando —si es que esto es disculpable— esta metáfora tópica del arriba y del abajo, ocuparía una situación intermedia. Es a lo que, partiendo de los estudios de gramática, suelo justamente llamar subconsciente utilizando un término con que a veces se traduce el *Vorbewusst* de Freud pero utilizándolo de una manera precisa: subconsciente, es decir, no aquello verdaderamente inconsciente o negado a la conciencia y la realidad, no desde luego consciente y personal, sino subconsciente. La subconsciencia es el sitio a donde van a parar todas las cosas que se han sabido y que por motivos de censura, en el caso del análisis freudiano, o por simples motivos técnicos han tenido que olvidarse de conciencia, borrarse de conciencia, precisamente para que funcionen mejor. Es el sitio a donde van a parar los pasos de una danza una vez que habéis aprendido a bailar bien. Para decirlo de una vez, hay un momento en que aprendéis ese baile y tenéis que saber *derecha, izquierda, uno, dos tres...*: durante ese rato no sabéis bailar, bailáis mal, estáis simplemente aprendiendo. Y llega un momento en que aprendéis de veras, por repetición mecánica, y entonces bailáis bien. Bailáis bien quiere decir que ya no sois vosotros los que bailáis, que ya los pies se os mueven solos, bailan vuestros pies, no tenéis que preocuparos ni de *izquierda, derecha*, ni de *uno, dos, tres...*: los pies se encargan solos, es decir, se

encarga esto a lo que estoy llamando subconsciente. Es el sitio a donde va a parar el teclado de la máquina de escribir una vez que, después de un penoso aprendizaje consciente y voluntario, habéis aprendido a escribir bien a máquina. En ese momento ya todo se ha borrado de vuestras facultades superiores y los dedos se mueven solos a las teclas y a los implementos del carro que se requieren a cada momento.

Tantas y tantas acciones que podemos llamar maquinales o automáticas nacen de esta región que os presento como intermedia, donde va a parar todo aquello que ha tenido que saberse en un momento de aprendizaje para después borrarse de conciencia, o por censura o —como en los casos que os he presentado— por motivos técnicos, para que funcione bien. Porque si tuviérais que hacer a conciencia y voluntad tantas y tantas acciones de la vida cotidiana, si tuviérais que hacer a conciencia y voluntad los movimientos del andar por la calle, los movimientos de sentaros y levantaros, los movimientos de cortesía y de abrir la puerta a una persona venerable o de retiraros un poco a la izquierda y cualquier otra cosa... pues sería insoportable, la realidad sería insoportable. Se hace soportable gracias a los movimientos automáticos y maquinales de los que se encarga esta región del subconsciente. Bueno, pues esta región está creada en primer lugar por el lenguaje: hablar es la primera acción automática o maquinal. De manera que tenemos que suponer que ha habido un momento en el que el niño entre, en casos normales, el año y medio y los dos años y medio, ha mantenido una lucha, en cierto modo, que se puede llamar consciente, voluntaria, sólo que entre el año y medio y los dos años y medio eso de la conciencia se está constituyendo, se está formando (ésta es la cosa que tenéis que tener en cuenta), pero, con esta dificultad de que coincide la intervención de la conciencia con el proceso mismo de su establecimiento, podemos decir que durante lo que se llama aprendizaje de una lengua un niño efectivamente ha estado dedicado a esta actividad que propiamente es una lucha, es una guerra, una guerra entre el lenguaje verdaderamente común, que contrapongo a los idiomas, el lenguaje común que confundo con la razón común, que es algo que el niño trae a este mundo. Cada vez que un niño nace se produce, por decirlo algo melodramáticamente, la encarnación del verbo. Esto es una cosa a la que los lingüistas han tenido que llegar porque, si el niño no trajera una gramática común, un dispositivo general dispuesto para aprender cualquier lengua que le toque en su entorno una vez que nazca, sería completamente inexplicable que el niño aprendiera a hablar ninguna lengua. De forma que

el periodo al que me refiero es un periodo de guerra entre esa razón común —esa gramática común que el niño trae— y la gramática de la lengua que le ha tocado, la gramática de la lengua de sus padres y de su entorno. Es una guerra que suele durar en casos normales del año y medio a los dos años y medio y que termina normalmente con la victoria de la lengua, es decir, del idioma real que se contrapone a las resistencias de la gramática común que el niño trae. A veces hasta los tres años o algo más el niño sigue empeñándose en regularizar los verbos de su lengua y hacer cosas por el estilo, pero la guerra esta prácticamente terminada en esas edades. Ésta es la primera vez que de esa manera se crea un subconsciente: ahí se crea un dispositivo donde va a ir a parar la lengua, el idioma que ha tenido que aprender y que, a partir de los dos años y medio o tres años, ya no sabe de conciencia ni voluntad. Gracias a lo cual, como en el caso del baile o de la máquina, ya desde entonces puede hablar bien. El proceso, como sabéis, aunque de manera más imperfecta, se repite cada vez que aprendéis otra lengua ya más o menos de adultos. Pasáis una temporada en que os dais cuenta de cómo son los verbos y las declinaciones, y qué vocabulario es el que hay y todos los demás intrínquilis de la gramática del idioma, y mientras estáis en eso, pues no habláis esa lengua, claro, no la maneáis, no hacéis más que hacer unas prácticas torpes necesariamente, equivocadas con frecuencia, y que son características del aprendizaje. Luego, con suerte, a veces la adquirís, como se dice muy mal dicho porque las lenguas no son propiedad de nadie, pero llegáis a poder disponer de otra lengua, y cuando eso sucede, ya habéis olvidado todo lo que en el aprendizaje sabíais, en ese momento ya en esa otra lengua habláis tal vez tan sueltamente como en la primera, gracias justamente a que ya vuestro subconsciente ha recogido toda la gramática que le hacia falta y se encarga de haceros hablar o dejaros hablar por su cuenta.

Éstas eran las tres regiones —porque no tenemos tiempo para proseguir con el proceso de disolución del alma— a las que quería de momento que os asomárais como un primer desengaño de esa fe de que cada uno de vosotros es uno, de que se sabe quién es: NO SE SABE quién es. La policía sí lo sabe, Hacienda lo sabe, la Policía y Hacienda lo saben, las instancias superiores. Pero lo saben (y esto es lo que antes presentaba como aliento y alegría del pueblo) lo saben necesariamente mal. Nunca os dejéis, por entrar un momento en política rastrera, nunca os dejéis engañar por el miedo de que Hacienda o la Policía pueda llegar a controlar toda una población perfectamente

en sus ordenadores y que no hay escapatoria: ésas son malas imaginaciones. A veces los autores de utopías se han equivocado tirando por ese camino: no es verdad. En su pretensión, en su ideal —porque no hay Poder que no esté fundado en un ideal— sí, allí estaríais todos catalogados debidamente. Recuerdo que ayer, cuando me solían detener de vez en cuando los policías —aquí o en Francia—, alguno de ellos o algún técnico pretendía hallar en las huellas dactilares su fe, en cuanto que la huella dactilar es perfectamente inconfundible y señala por tanto al individuo particular de una manera infalible. Por supuesto, no me lo creo: porque como nadie ha cogido nunca todos los hombres o los monos prehumanos y les ha mirado las huellas dactilares, supongo que eso era simplemente una fe por parte del técnico policiaco. Pero en su ideal sí es así, en su ideal podían llegar a saber quiénes sois cada uno de vosotros y además saberlo perfectamente. Notad que, si este ideal pudiera cumplirse de verdad, también cada uno de vosotros estaría íntegramente, firmemente constituido, sería totalmente el que es. Se acabó el psicoanálisis, la disolución del alma, se acabaron todos esos sentimientos que manaban desde abajo, se acabó esa participación en lo común de la que el lenguaje nos ofrecía el primer ejemplo: seríais perfectamente individuales. Notad cómo a medida que el Poder progresa va insistiendo en esta fe en que sabe quiénes sois cada uno de vosotros, esta fe en el individuo personal. Hoy, en el régimen que hoy padecemos, el de la sociedad del bienestar, tenemos efectivamente el único tipo de Poder que padecemos directamente: todo lo demás son imaginaciones de la Historia, imaginaciones de la televisión, que tiene mucho interés en que, apenas sucede algo, ya esté convertido en historia, en el momento mismo. Para eso están las televisiones, para que nunca pase nada, porque incluso lo que está pasando ya ha pasado, ya es noticia: ésa es la función de la Televisión. En el ideal del Poder, del poder de los representantes del poder, la fe en el individuo es el capítulo esencial, es el nervio. Y en la sociedad del bienestar, que es culminación de todas las formas del poder, pues más que nunca: la democracia desarrollada consiste en esta fe en el individuo. Algo demasiado evidente de decir. Dicho de una manera un poco más maliciosa y verdadera: la democracia, que es el régimen más mortífero (es la muerte de lo que nos queda de pueblo: la muerte en su ideal: luego el pueblo nunca muere del todo), consiste en que se confía en que la mayoría son idiotas, que confía en que la mayoría va a estar compuesta de tipos que cada uno cree en sí mismo, cada uno cree que sabe quién es, es decir, tipos bien hechos, por tanto llenos de fe, por tanto idiotas. Ésta es la fe de la democracia:

confía en que por lo menos mayoritariamente esto se va a dar así en todas las situaciones. La experiencia de los representantes, de los ejecutivos, parece que les confirma que efectivamente suele suceder así, que ni por casualidad una votación mayoritaria, sea en el ámbito del Capital o en el del Estado, puede producir nada inesperado, sino la idiotez habitual, la confirmación de la idiotez. Y entonces con eso van tirando; ya sólo les falta utilizar el paso al límite, que hasta la Ciencia les ofrece por medio del sometimiento de la matemática a su servicio, y hacer tomar la mayoría como todos: muy sencillo, y así es como funciona la democracia. Así es como funciona la democracia, y guardáos (ya que seguimos un rato todavía en esta política rastrera) guardáos de contraponer a las mayorías democráticas ningunas minorías. Minorías y mayorías son cosas del mismo orden, son cosas de la realidad: no se trata de eso. Se contrapone a la mayoría y a los individuos personales eso que nos queda de no real, eso que nos queda de pueblo y de vivo, que no se cuenta. Que no se cuenta en cabezas de ganado, que no se cuenta en individuos idiotas y creídos de sí mismos; eso que no se cuenta es lo que se contrapone a la mayoría y, de paso, a las minorías también. Ésta es la fe necesaria: el Poder necesita imperiosamente que cada uno crea en sí mismo, que cada uno crea que sabe quién es. Así le enseñan en esa fe, lo adiestran desde pequeño los representantes del Poder: la familia, que, apenas el niño nace y antes de nacer, ya le han puesto su nombre propio, luego se lanza a convencerle, que sepa quién es, que es Angelito, que es Celita, y cómo es Angelito y cómo es Celita... Y, después, los representantes típicos del Poder, por ejemplo, si caéis en una escuela de marketing o en cualquiera de estas industrias de producción de inutilidades que son características del régimen, ¿qué es lo que os van a recomendar en primer lugar? Fe. Desde luego tienes que creer en la Empresa, pero sobre todo tienes que tener fe en tí mismo. ¿Cómo vas a trepar ni en la empresa ni en ninguna forma de poder político si no crees en tí mismo, si no tienes fe en tí mismo? Ésta es pues la situación real.

Lo que pasa es que el método es real, pero es mentira. Esto es lo que al principio he tratado de haceros ver, que la realidad es esencialmente falsa; puede ser todo lo real que quiera, pero eso no le priva para nada de ser mentira; es mentira, es falsa. Por ejemplo es mentira que las mayorías sean todo; pues, como os he demostrado, siempre quedan rebabas de esta obra mortífera de conversión del pueblo en poblaciones numeradas y definidas, siempre quedan rebabas de esa obra y, en cada uno, siempre quedan rebabas de la obra de costi-

tución de la persona, siempre caben sentimientos y razones que de consuno pueden a contribuir a disolver la fe en uno mismo, a la disolución del alma.

Ésta es pues una de las apariciones de la mentira evidente de la realidad. En verdad no sé quién soy. Yo puedo saberlo si yo soy como la Policía, como Hacienda, un ser real; entonces yo mismo puedo llegar a este crimen o suicidio de saber quién soy (por 'suicidio' entiendo suicidio del ser: aquí la vida no cuenta para nada; estamos hablando del ser, del ser real, de la existencia), puedo entonces, si me trato a mí mismo desde el punto de vista de la realidad, llegar a creer que sé quién soy, pero si me dejo libre, si oigo, siento lo que me queda de sentimiento vivo y al mismo tiempo de razón, entonces descubro una y otra vez que no lo sé. Y eso es lo que me queda de vida posible, lo que me queda de pueblo, lo que me queda de razón común y lo que me queda de sentimientos no convertidos por el poder en ideas de sí mismos, sino sentimientos que se sienten y pueden arrebatarme a mí mismo.

Termino volviendo otra vez sobre nuestro niño, el niño de uno en los momentos en que se estaba costituyendo y la presión de la realidad le hacia costituírse como ser real. Muchas veces esta temporada me ha venido una imagen que no sé si es recuerdo o qué es, del niño o la niña a quien los padres, después de tal vez engalanarlo, lo ponen delante del espejo, lo ponen delante del espejo y dicen: «¡Mira, Eduardito, qué guapo estás: ése eres tú!» o «¡Mira, Angelita, mira qué mona estás con ese lazo: ésa eres tú!», «Ése eres tú», y el niño en la situación de más o menos tres años en que lo sitúo (tres años es el límite de nuestro recuerdo, nadie recuerda más atrás de sus tres años y eso evidentemente es elocuente a mi propósito: nadie recuerda más atrás del momento de la formación de su alma, del momento de costitución de su persona), en ese trance pues, ante la presión del padre o de la madre ante el espejo, el niño se queda perplejo, y es todavía capaz de quedarse rezongando por lo bajo "Pero ése no soy yo", "Pero ese no soy yo". Éste es el testimonio con el que quería cerrar estas observaciones: "Pero ese no soy yo", es todavía de algo vivo, de una verdadera razón, de lo que surge esa resistencia última ante el espejo, es decir ante la imposición de la Realidad. Ése es efectivamente real, se le ve, está definido, tiene tal y cual traza, pero ése no soy yo, porque yo de verdad, como empecé diciendo no soy real, no pertenezco a la realidad ni me puedo reflejar en el espejo.